

Solyenitsin ha sido en último término un místico, encarnación de los valores de la antigua Rusia, Sajarov fue un científico, un hombre de su tiempo, que no vislumbraba el porvenir libre del totalitarismo en el pasado sino en el presente de la democracia moderna. Un presente, aclaro, que no es un olvido de la historia. Sajarov recupera el sueño de una Rusia democrática, es decir, occidental, es decir, europea, que alentó en pensadores del siglo pasado como Alexandr Herzen.

Físico e hijo de un físico, el Premio Nobel de la Paz de 1975 fue un tranquilo miembro del *establishment* soviético hasta que, en 1957, cobró conciencia de los peligros de la radioactividad e inició una campaña para poner fin a las pruebas nucleares. El hombre que hizo posible que la Unión soviética tuviera la bomba H antes que los Estados Unidos dejó poco a poco de ser el orgullo de la *no-menklatura* y tomó el camino de la disidencia.

Antes de romper con el soviétismo, Sajarov intentó convencer a los dirigentes de su país de la conveniencia de acercarse a Occidente. A su juicio, el acercamiento debía partir de la desmilitarización, del libre intercambio de información y de acuerdos que permitieran compartir los beneficios del progreso científico y ayudaran a evitar sus riesgos: la catástrofe nuclear, la contaminación ambiental y la despersonalización de los individuos.

Sajarov —no es necesario decirlo— no fue escuchado y se vio obligado a enfrentarse al aparato burocrático y a soportar un hostigamiento cada vez más duro. Como Solyenitsin, empezó a luchar por los derechos del hombre y del ciudadano. Fundó el comité moscovita de los derechos humanos; emprendió la defensa de los tártaros de Crimea (deportados por Stalin al Asia central en 1944),

de presos políticos como Amalrik, Bukovski, Pliutc, Marchenko; de las personas sin pasaporte interior; de los judíos que querían emigrar; de las minorías sin autonomía cultural...

Las presiones de las autoridades soviéticas contra estos defensores de los derechos humanos culminaron, primero, en la expulsión de Solyenitsin de la Unión Soviética y, después, en el exilio interior de Sajarov en Gorki.

Sajarov fue rescatado del exilio por Gorbachov y muy pronto, gracias a la política de la *glasnost* y la *perestroika*, pudo encabezar abiertamente, junto con Yeltsin, la oposición. Su muerte cierra un ca-

pítulo de la historia de la disidencia en la Unión Soviética, pero ocurre en el contexto de unas reformas en el que, al parecer, pudo al fin ser escuchado. Fue, sin lugar a dudas, un hombre excepcional en un universo poblado de feroces vulgaridades. Un luchador por los derechos humanos que abrió el camino a los cambios que hoy se viven en la Unión soviética y en la Europa central. Desempeñó un papel relevante en la historia de nuestro siglo y su ausencia nos pesa. Con él renació el espíritu de Herzen, el europeísmo ruso. ◀

JULIÁN MEZA

[VUELTA NÚM. 158, 1990]

SUEÑO DE SIEMPRE

SAÚL YURKIEVICH

Es sueño pertinaz,
de tu vena cava la porfía.
Hinchazón es ensanche
que de adentro
en su entrada pugna
en tu substancia
saña tánta
lleva consigo
¡oh vida!
Y sin cesar
y sin cejar
rebasa, avispa
y te abre y te arrebatá.
Caladura ardorosa ráfaga
en su anhelo no la aquietas porque
nada ajeno a tu cuajo la amilana nada
su punzada y su lanzada amaina.
Ni quietud ni temperanza
ni tino ni paciencia la manean.
¡Oh vida! mi llamarada
ella quiere su henchidura
eso que le da quedada y la alborota
lo que la alarga: esa largueza:
su empedernido encendimiento.

[VUELTA NÚM. 229, 1995]